

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

SOMBRA Y NADA.

Caen tristemente las hojas de los árboles. El cielo está cubierto de espesas nubes. El viento de otoño las empuja, y sobre la superficie de la tierra forma remolinos con las hojas caídas.

Retumba fúnebre la voz de las campanas. Es el día de la Conmemoración de los fieles difuntos, y la Iglesia gime al pensar en sus hijos que han pasado de su seno al seno de la Eternidad.

En el cementerio se encienden velas ante las lápidas que guardan restos queridos. Hoy somos compañeros de las tumbas. Acudimos á sentarnos bajo el sauce lloron, junto al ciprés que sombrea los panteones, regazo de la muerte. El pueblo se pasea sobre las losas sagradas. Los recuerdos se elevan en el alma como una niebla en el valle, y oscurecen la luz de las festivas franquezas ó de las conversaciones expansivas. El corazón reina en nuestro interior; la fe le exalta, la imaginación le enervoriza, el doloroso recuerdo le contrae.

¡Ciudad de los muertos! ¡Esas estrechas y menguadas calles, esos derribados capiteles, esos mausoleos en cuyos bordados mármoles brota el imprudente musgo, ¡cuán bien pregonan nuestro miserable destino!

Aquí la belleza se trueca en hedionda podredumbre; aquí los regalados devaneos del amor se tornan fatídico silencio; aquí se pone sin dejar ni un rayo de crepúsculo el brillante sol de las glorias humanas.

Toda la ciencia, todo el poder, todo el amor del hombre, vienen al fin á vestirse la helada mortaja.

La muerte, semejante al buitre de Prometeo, desgarrá continuamente las entrañas de la humanidad.

¿Qué es lo que respeta la Muerte? La inocente infancia ¿no es á menudo cruelmente segada como por invisibles hoces? La florida juventud, la hija predilecta del vigor, en medio de sus ilusorios verjeles, de sus halagadores ensueños, mientras liba la copa de su néctar, ¿no se ve sorprendida por la arrebatada Muerte? ¿No se desvanecen como un vapor matutino los meditados proyectos, las ardorosas ambiciones, los planes de constante felicidad, que alientan la edad madura?

¿Qué es lo que ha respetado la Muerte? Si ahora, con el poder que nos prestase el ángel del Juicio, á nuestra voz se levantarán las generaciones que duermen en este lugar santo, y los huesos de nuestros padres recobrarán la forma y espíritu de su último día, veríamos, al través de los largos sudarios, el último sentimiento que henchía su corazón, el último pensamiento que dominaba su cabeza, y ¡cuántos desengaños, cuántos suspiros, cuánta ilusión perdida vendrían á sobrecoger nuestras asustadas almas! La Muerte quebrantó sus mejores tiempos; les salió al encuentro en la esperanza y en el amor de la vida. Cuando creían haber fijado su porvenir, haber clavado la rueda de la fortuna, haber llegado á la realización de sus simpáticas quimeras, entónces el frío de la tumba heló las dulces flores de la existencia, las tronchó con furia el huracán de la Muerte. Vedlo cómo lo dicen sus graves rostros, oíd el acento tris-tísimo que se escapa de sus descarnados labios; esas generaciones no esperaban, en medio de los esplendores de la vida y aún en la oscuridad de las ínfimas clases sociales, la repentina aparición de la Muerte en el umbral de sus moradas.

No parece sino que la vida es un río que, ya con violento ya con sosegado curso, desemboca sin cesar en el insondable océano;

Nuestras vidas son los ríos
Que van á dar en la mar
Que es el morir.....

Empieza la humanidad en las alturas del Paraíso. Trastornada por el pecado su constitucion moral, la Muerte empieza á devorar su víctima. Parece que los cuatro ríos que derramaban abundancia y fertilidad en el Eden, se han convertido en inflamadas fuentes que secan la vida en su raíz; y, en lugar suyo, corre olas tras olas hasta la Eternidad el impetuoso río de la Muerte. Se fundaron imperios en las llanuras de Sennaar, despues que el Diluvio hubo borrado la iniquidad de la Tierra; sobre las ruinas de Babel levantóse Babilonia; Nínive fué la gloria de los Asirios; las razas empujadas por la necesidad marcharon al extremo Oriente, descendieron con Mizraim á las fuentes del Nilo, ó se detuvieron ante las rientes olas del Mediterráneo en la costa que se llamó Fenicia. De esa primera civilizacion, quereisme decir, ¿qué es lo que ha respetado la Muerte? ¿Dónde están los monumentos que besaba el orgulloso Éufrates; dónde la soberbia Ménfis; Tébas, la de las cien puertas, señora de pirámides y lagos; Tiro, la reina de los mares, la que llevó en sus audaces barcos á la salvaje Hiberia las primeras inspiraciones del genio del Oriente?

La Biblia llora al pronosticar su ruina. Nosotros, á duras penas, con incansables investigaciones, hemos podido adivinar, preguntándolo ansiosamente al mísero fellah ó al embrutecido turco, el lugar tradicional donde reposan sus informes esqueletos.

Y quereisme decir, ¿qué ha quedado de la segunda época de la civilizacion, de aquella culta Grecia, ninfa gentil que se bañaba como una perla en el mar azul, y como una diosa cantaba maravillosamente, y hablaba un lenguaje de

los cielos? No se levantará en la historia otro pueblo que piense como el pueblo del divino Platon; que funde templos y cincele estatuas como el de Praxitéles y Fídias; que cante sus heróicas hazañas con mejor lengua y más arte que el de Homero, de Sófocles y Esquilo; que enardezca su juventud con más grande elocuencia que el del fiero Demóstenes. Y no obstante, ¿dónde está ese pueblo? ¿Dónde sus artes, su filosofía, su libertad política, sus grandes hombres?

¿Y dónde están las invencibles legiones de la *inmortal* Roma, que pasearon sus águilas desde el Gánjes hasta las columnas de Hércules, desde Yorck hasta los desiertos de Etiopía? ¿Dónde están sus patricios, senado de reyes, *ante quien muda se postró la Tierra?*

Sus legisladores bebieron la verdad en las fuentes de la razon, sus códigos señorearon la sociedad humana; el derecho romano es un monumento de gloria para los Señores del Capitolio; pero ellos ¿han evitado el terrible estrago del Tiempo, han podido detener con sus soberanas leyes el paso formidable de la Muerte?

Id á la Roma moderna, á la capital del Cristianismo; y os enseñarán las reliquias, venerables sí, pero reliquias, recuerdos sólo, de la tercera época de la civilizacion del mundo.

No hablemos de la Edad media, de sus oleadas de bárbaros que chocan contra Roma y la derriban, que, recibiendo leyes de la Iglesia y costumbres de los monjes, se oponen con Carlomagno á otros bárbaros y con Pelayo á las huestes musulmanas. No hablemos de las poéticas Cruzadas, de los valientes caballeros, de las damas altivas, de los enamorados trovadores;

¿Qué se hizo el rey Don Juan;

Los infantes de Aragon

Qué se hicieron?

¿Qué fué de tanto galan,

Qué fué de tanta invencion

Como trajeron?.....

Desaparecen los imperios, se marchitan las rosas del amor, se desprenden las hojas de los laureles; y todo, en revuelto torbellino, viene á parar en el campo de la Muerte. Sobre las grandezas y miserias humanas pudiérase grabar la inscripcion que dicen que está grabada en un arco de la campiña de Roma:

«Umbra et Nihil.»

¡Sombra y Nada!

JOSÉ TARONJÍ, PRO.

JOCHS FLORALS DE BARCELONA.

ANY XVII DE LLUR RESTAURACIÓ.

III.

Por primera vez, si mal no recordamos, se ha llamado este año á concurso á los autores dramáticos. Sin inquirir lo que tenga de oportuna y conveniente esta innovacion, intentaremos sólo probar que las dos composiciones favorecidas, si bien no despreciables, tampoco son tan buenas que el teatro pueda ver en ellas un brillante augurio y prometerse para en adelante de aquella especie de sancion académica notable refuerzo y mejoramiento.

Obtuvo el premio (*quadro al oli representant un héroe del Bruch* ofrecido por la *Jove Catalunya*.) *Un Quadro* de D. Eduardo Vidal, y el accésit al mismo *L' Avi* de don J. Riera y Bertran; ambas piezas en un acto.

El argumento de la primera es en resúmen el siguiente:

Resto de una pobre familia de pescadores *Pepa* y su hija *Engracia*, que por una deuda relativamente cuantiosa tienen embargado el ajuar de su casa, guardan con religioso amor un cuadro de la *barqueta de San Pere*, obra y regalo hecho á sus mayores, merced á un casual incidente, por el célebre Montaña. Noticioso de este cuadro por *Fassi*, cuya codicia espera lucro de su intervencion, el grotesco anticuario *D. Eloy* ofrece por él una respetable cantidad á sus dueñas, que éstas rehusan, sin ser parte á vencer su resistencia las amenazas de *Fassi*, *l' home bo*, de apresurar la subasta de sus bienes, si persisten en su obstinada negativa. Mas anda de por medio un pintor, *D. Enrich*, viajero en busca de *tipos* y asuntos para sus composiciones, y empeñado á la sazón en un retrato de la jóven *Engracia*, con la cual traba amistosa confianza, no sin dar lugar á algunas escenas de celos entre ésta y su amante *Toni* en

concepto alguno ligadas con la accion principal: desde luégo se echa de ver en el tal pintor, un si es no es horteril, la mision de ángel bueno ó desfacedor de entuertos; y, en efecto, cuando ya, principiada la subasta, está próximo el cuadro á pasar á manos de *D. Eloy*, ved ahí que aparece de repente, suplica al Notario que suspenda el acto, escandalizándose ante la venta de obra tan principal, y ofrece, en sustitucion de la misma, una copia al anticuario, quien no sólo transige y acepta, sino que se compromete á saldar toda la deuda

«Y sin bailar la comparsa
Ni haber matrimonio en pos,
Finaliza aquí la farsa
En paz y gloria de Dios.»

Esta es la comedia. ¿Cómo calificarla? No es un *cuadro de costumbres*; que, áun dado que se pinten en ella, ocupan un lugar muy accesorio: lo heterogéneo de sus partes, por raro y caprichoso azar puestas en juego, no permite que formen un conjunto típico que pueda designarse propiamente con aquel nombre. Ni, sea cual fuere la índole del objeto que el poeta se propone, insuficiente por si solo para excitar vivo interes, está dramáticamente realizado. El medio es, sobre todo, inverosímil.

En efecto, existe más ó ménos profunda en ciertas familias esa veneracion hacia los objetos legados por las antiguas generaciones; sin embargo, poner á dos rústicas y miserables mujeres en la alternativa de ver reducidos sus bienes á pública venta, ó desprenderse de un viejo cuadro, por más que lo consagren doblemente el arte y la piedad religiosa, y hacerlas decidirse por lo primero, nos parece exagerado; mayormente al considerar que no puede suponerse en aquéllas la esperanza de salvar por este medio su joya del general naufragio, y que, por consiguiente, su abnegacion es estéril.

Por lo demas, tampoco hallamos en esta obra aquella *feliz contraposicion de caractéres* (los cuales, sin existir ó poderse llamar propiamente tales, mal pueden ser bien sostenidos), ni la oportuna *union de situaciones cómicas con*

otras tiernamente dramáticas. Alguna contiene dramática y agradable, como aquella en que, mientras el pintor dibuja el retrato de *Engracia*, cuéntanle ésta y su madre la catástrofe que las sumió en la orfandad; mucho más, empero, para deslustrarla que para realzarla, sirve el pasaje que sigue, donde estallan con bestial arranque los intempestivos celos de *Toni*, en quien nadie por cierto descubriera el carácter *gracioso por naturaleza* con que anticipadamente designa el autor en su circunstanciada enumeración de personajes. ¿Acaso gracioso es sinónimo de patán? ¿O la rusticidad, que no impide á *Engracia* rayar en lo romántico, ha de ser incompatible precisamente en el hombre que ama con el buen sentido y la delicadeza de alma? Y no es de mejor gusto aquella burla insultante y sin objeto que hace el artista de *Fassi*, el *hombre bueno*, al detenerle para trazar en sus barbas su caricatura, burla que no justifica ni el afán de tipos del primero, ni los maliciosos propósitos del segundo, de los cuales suponemos en ayunas al pintor, porque, si no, ¿á qué venía retener, hasta que se verifica la subasta, el recurso de salvación? Y á fe que este recurso, no por hacerse esperar tanto, nos parece más feliz, pues no era natural que *D. Eloy* se contentara con una simple copia de un cuadro cuya ilustre procedencia y contacto mismo con *Montaña* debía parecerle un mérito insustituible, ni ménos lo es que esto fuera suficiente para inspirarle aquel rasgo de inesperada generosidad.

En cuanto al lenguaje, si bien es verdad que no hay que exigir en él la misma índole culta y literaria que en obras de otro género, lo es también que, sin ser ménos llano y ménos accesible al público, pudiera ser más puro y más correcto.

L' Avi de *D. Joaquin Riera* es la apología del valor.

La acción tiene lugar en una casa de payeses acomodados de una villa del Ampurdan, el año 12, época en que con motivo de la guerra andaban calientes los ánimos patrióticos, y merodeando por los montes, con capa de enemigos nacionales, pandillas de bandoleros. Secuestrado *Sist* por una de éstas, su hija *Llogaya* y su padre *Marsal* (*L'*

avi) reciben con terror la funesta noticia á presencia de sus huéspedes *Eloy*, pretendiente de *Llogaya*, y el procurador de éste *D. Salomó*; *Marsal* recoge al punto el dinero exigido por rescate; rehusa llevarlo *Eloy* aconsejado y por boca de *D. Salomó*, fingiéndose enfermo; el viejo recibe con indignacion el ruin pretexto, y se dispone ya á partir con el precio de la vida de su hijo, cuando aparece *Sisó*, jóven que, no osando oponer su pobreza á la fortuna de *Eloy*, arde en secreto amor por la doncella; y, tomando generosamente á su cargo el arduo mensaje, vuelve luégo tras de algunos montañeses, con los cuales ha salvado al cautivo á viva fuerza y sin menoscabo alguno. El final ya se presumirá: mientras el cobarde permanece encerrado con su humillacion, el venerable abuelo une las voluntades de *Sisó* y *Llogaya*.

El defecto que más resalta en este plan, es la variacion repentina de la jóven, que cambia de simpatias, como quien cambia de traje, sin que se note siquiera en ella una sombra de inquietud ni de lucha. Siempre promueven borrasca y lágrimas las crisis del corazon: no es posible arrancarle un afecto, sin que brote sangre, ni ménos llenarlo con otro ántes que la herida se cicatrice. Podrá un amor trocarse en odio ó en desprecio; más no ser tan pronto y fácilmente sustituido. Es cierto que el autor evita ingeniosamente, como en la escena en que la inquietud que la devora impide á *Llogaya* responder á las amorosas palabras de *Eloy*, que se confirme el espectador en la inclinacion de aquélla; pero de otros pasajes se deduce, y así es necesario por otra parte al objeto del drama, para que algo importe, á favor de los sentimientos que en él se patrocinan, la preferencia que los premia. De modo que no sería dado corregir este defecto con ligeras modificaciones, como que afecta á la base de la obra. Esta es pues, como hemos dicho, la apología de un sentimiento, pero á costa de otro no ménos bello y elevado.

Con todo, nos parece preferible á la anterior. Ambas acusan conocimiento práctico de la escena y del manejo del diálogo; pero en *L' Avi* las escenas, sin dejar de ofrecer

contrastes, son más subordinadas; más propios y naturales los motivos de acción; el conjunto de más fisonomía patria, más armónico, de más color, más *cuadro*, en fin; los caracteres mejor escogidos y de más relieve. Pero hay poca originalidad, y tal vez reminiscencias demasiado visibles de alguna otra obra también catalana.

Reservamos para la próxima quincena el análisis de las composiciones en prosa.

J. A. M.

DOS GUIRNALDAS.

¿Conoceis el pais donde verdea
El árbol que es su pródigo tesoro,
El árbol que sus ramas hermosea
Con perlas de azahar y frutos de oro?

A buen seguro que esta pobre imitacion de unos célebres versos de Goethe, basta para traer á la memoria el nombre del pueblo que entre todos los de Mallorca ha logrado una reputacion punto ménos que europea. La valla de salobres aguas, que á guisa de cinturón azul ciñe nuestras costas, no ha sido estorbo al vuelo de la fama, solícita en pregonar por do quiera la frondosidad y hermosura del hondo valle entre fragosas y pintorescas montañas escondido. ¿Quién de mis escasos lectores no conoce á Sóller? ¿Al pais donde florece el árbol de tronco esbelto y redondeada copa, que apenas cumple sus promesas cuando hace ya concebir nuevas esperanzas, y se reviste de nuevas y tempranas flores cuando todavía está brindando al paladar con sazonados frutos? ¿Quién no ha visitado este jardín que se aventaja al de las Hésperides, y donde no se tropieza con dragones encargados de su custodia? El que se haya paseado alguna vez por aquellas galerías de naranjos, alineados como las columnas de un peristilo, á la fresca sombra de aquellos arcos de espeso ramaje por donde el sol enhebra penosamente alguno de sus rayos, aspirando los efluvios de aquella atmósfera cargada de intensos y suavísimos perfumes, no fácilmente olvida tales momentos de solaz y de plácido embeleso. Algo de duradero queda en el alma al desvanecerse las fugaces impresiones de los sentidos. Para reproducir ante la imaginacion de los lectores el delicioso panorama, que ellos mismos con singular predileccion han contemplado, no es menester apelar á los recursos de un talento descriptivo: basta evocar simplemente su recuerdo.

Basta nombrar á Sóller, y como si esta voz fuese la de un conjuro, aparece la fecunda campiña donde adquirió carta de naturaleza y goza ya los privilegios de indígena el árbol precioso que trae su origen de los últimos confines del Asia. Preséntanse aquellas huertas con tanta variedad de frutales, aquellos paisajes que de tantas maneras diversifican los accidentes del terreno, los cambiantes de la luz, y las gradaciones y matices de su verdor sempiterno, aquellos vastos naranjales que no aguardan al sol de la primavera para dorar sus frutos, ni abandonan su lustroso manto á los rigores del invierno. Figúrase uno que tiende sobre ellos su vista desde un altillo, y se acuerda de como su imaginacion sin grandes esfuerzos transformaba las entrelazadas copas en superficie de verde lago, donde se asoma como un islote el blanqueado caserío, y cuyas fingidas olas parecen encrespase al impulso de las brisas y extenderse hasta la raiz de los montes, que por todo el circuito se levantan soberbios con sus faldas cubiertas de olivos y sus crestas coronadas de rocas y pinares.

Sea que le hubiese atraído la fama de este rincconcillo del perdido Eden, incrustado en nuestra isla, ó bien la esperanza de suavizar penosos recuerdos, alejándose de los sitios que los fomentaban y encrudecian, años hace que un jóven, oriundo de Cataluña, parecia haber fijado en este pueblo su domicilio. Frisaba en los treinta de su edad, época en que á unos se les abre un porvenir risueño, y á otros no les queda mas que una ruta enojosa y sombría. Muy en favor suyo hablaban las facciones de su rostro, la gallardía de su talle y hasta las inflexiones de su acento, y al paso que en su exterior acumulaba las mejores condiciones para captarse numerosas y vivas simpatías, en sus cualidades morales no se le descubria tacha alguna por la que llegase á desmerecerlas. Aunque reservado en todo lo que á sus personales antecedentes se referia, nada mostraba de uraño ni desabrido, y sin duda hubiera contado con una infinidad de amigos, á serlo ménos él de la soledad y del retraimiento. En cambio carecia completamente de enemigos, y, lo que es mas aun, de envidiosos y murmura-

dores. Y ¿cómo había de tenerlos? Fuera de que su porte le ponía al abrigo de toda suposición maligna, y de que su asiduidad y compostura en las prácticas religiosas eran una especie de testigos perennes dispuestos á jurar en favor suyo, su afabilidad y llaneza le hacían bienquisto de todo el mundo, y lo poco que de él podía relatarse consistía en beneficios dispensados á la clase mas pobre y desvalida. Para las personas mas ó ménos acomodadas era un forastero que, si bien había exhibido los títulos que le autorizaban para ejercer la medicina y cirugía, manifestaba el singular empeño de no disminuir la clientela de sus cólegas y de no hacer de sus conocimientos una profesion lucrativa. Respetábanse los móviles secretos de esta desinteresada conducta, y se creía esplicarlos suponiendo á quien así obraba poseedor de algun patrimonio que le rentaría de sobra para las escasas necesidades de su género de vida. Y no iban del todo descaminados los que tales cuentas hacían, y mientras que unos elogiaban la bondad de su corazón, otros sacaban de ella su provecho. Los pobres que no podían soportar los gastos de una enfermedad, ni recompen-sar los desvelos de un facultativo, ni desprenderse del fatal apego á su propio lecho, prefiriéndolo á las comodidades que les proporcionaba el bien montado hospicio de aquel pueblo, acudían al médico forastero, y seguros estaban de que pronto le verían á la cabecera de astrosa cama, de que menudearía sus visitas como las de un ángel consolador, de que confortaría con sus buenas palabras al paciente, y emplearía con él mas bien que los oficios de médico, los cuidados de un activo y celoso enfermero. El jóven que por sus distinguidos modales y arrogante figura podía brillar en los salones de espléndido sarao, en aquellos oscuros y tristes cartuchos transformábase en hermana de la caridad, y con este ardid de guerra luchaba á brazo partido con la muerte, arrancándole algunas veces la presa que no hubieran salvado las solas prescripciones de la ciencia.

Vivia el doctor Rosendo, que así solían llamarle, en una casita aislada que descollaba entre los verdes matices del arbolado, como un templete en medio de frondoso vergel, y

por cuyos muros trepaban el jazmin y la pasionaria como si compitiesen en el empeño de ocultar á la vista su blancura. Ceñíanla á guisa de rodapié, violetas moradas y amarillas interpoladas con rosas y claveles, y esta diversidad de olores mezclada al subido aroma de los naranjos en flor parecia á veces estarla cubriendo con un velo perfumado. El saloncito que habitualmente ocupaba el doctor recibia luz de una ventana, por la cual, á dicho del inquilino, podian darse doblados alquileres. Servíanle de cortina largos renuevos guarnecidos de frescos pámpanos, que colgando de una opulenta parra se mecian al soplo de las brisas. Veíanse desde allí las aguas del puerto reverberando los últimos destellos del sol, que al trasponer las empinadas crestas, doraba los bordes de vagas nubecillas ó las teñia momentáneamente con ráfagas de purpura y violeta. Tierra, mar y cielo parecian mancomunarse para completar aquel delicioso paisage.

De ménos que modesto podia calificarse el mueblage del espresado saloncito. Al lado de la mesa habia unos estantes de abeto que contendrian un centenar de volúmenes, cuya clasificacion tenia algo de chocante por su estremado rigorismo. Allí no se veian mas que libros religiosos en castellano y obras francesas de medicina ó cirugía: era evidente que su lector ordinario no queria ser mas que cristiano y facultativo, y que esta biblioteca sin pretensiones de selecta, se habia formado bajo un plan preconcebido. En la pared de enfrente llamaba la atencion un marco dorado, que bajo un cristal y sobre un fondo de terciopelo negro, encerraba una guirnalda de flores artificiales. La sencillez de esta corona de pálidas azucenas, contrastaba vivamente con el esplendor y lujo de otra, que en el lienzo opuesto colgaba de un clavo sin que nada la preservase del polvo que en ténue capa la cubria. Por lo visto su dueño las cuidaba de muy diferente manera, y las apreciaba en razon inversa de sus primores y artificio. ¿Qué significacion tenian, qué misterio encerraban estas coronas? Este enigma no lo habia descifrado ninguno de los habitantes de Sóller, ni era fácil hacerlo sin poseer la clave, rasgando el velo de

obscuridad y silencio que envolvía el pasado del doctor Rosendo.

Y trascurrian años sin que este velo se rasgase, y ni la ingenuidad del doctor le hacia resbalar en confesiones esplicitas ó siquiera en alusiones embozadas, ni la curiosidad mas perspicaz ó astuta podia hacer mas que vislumbrar congeturas en un horizonte harto limitado. Llegó el verano de 1854, y cundiendo la noticia de los estragos que el cólera hacia en el principado de Cataluña, de la noche á la mañana se dijo que el doctor Rosendo habia desaparecido. Esta novedad sorprendió y no poco á los moradores de Sóller, y sin embargo produjo ménos sorpresa que disgusto. Mas adelante se supo que el jóven doctor habia recorrido algunas poblaciones, encerrándose en los hospitales donde la cruel enfermedad desplegaba con mayor encarnizamiento su fiereza. A no pocos salvaron los sobrehumanos esfuerzos con que sostuvo tan horrible y desigual combate, hasta que, acometido él mismo en Barcelona, sucumbió noblemente, víctima de su acendrada caridad y de su admirable sacrificio.

Algo de todo esto habia oido yo decir, y hallándome de paso en la capital del principado, fuí á visitar á un jóven catedrático de ciencias médicas con quien me unian estrechas relaciones de amistad. Recibióme en su gabinete de estudio, y me quedé parado al ver colgado en un lienzo de pared un precioso marco que bajo el cristal encerraba una sencilla corona de flores artificiales, y otra, ya ajada aunque mas primorosa, pendiente de un clavo en el lienzo opuesto. Tenia fija la vista en ellas, con mas embelesamiento que cortesanía, cuando mi amigo, vagando por sus labios una triste sonrisa, me preguntó.

—¿Conoces estas reliquias?

—Nunca las habia visto, pero sospecho que han estado en Mallorca.

—Asi es efectivamente.—

Y sentándonos y encendiendo un cigarrillo, que mi interlocutor acaba de ofrecerme, le dije:

—Sin duda debiste de conocer al doctor Rosendo.

—Como que fui su heredero..... á lo ménos de esta parte de su herencia.

—Pobre jóven! exclamé.

—Estoy en la firme conviccion de que ahora ni lamenta, ni reconoce tal género de pobreza.

—Y bien. Nunca se me habian ocurrido tales deseos, pero ahora me punza la curiosidad de saber algo de este personage misterioso.

—Podria fácilmente sacarte esa espina si mucho te molesta. Podria referírtelo todo. Algunas cosas hay que no le hacen mucho favor; pero al fin y al cabo vendria á ser una historia edificante, supuesto que ya tienes noticia de su heróica abnegacion y prematura muerte.

—Si, si, ya se que dió uno de estos sublimes ejemplos de caridad tan escasos en el dia. No estamos en época de santos.

—Como que todo tiende á suprimirlos. Huelen á rancio que apesta.

—En cambio nos hallamos en plena época de filantropia.

—¿Te parece?

—Pero en fin, hablemos de Rosendo.

—Era de la provincia de Gerona, y vino aquí á cursar filosofía y despues medicina. Llevábale yo algunos años y algunos cursos de ventaja; pero esto no obstaba para que fuésemos íntimos amigos y compañeros inseparables. Un burlon, condiscípulo suyo, habia dado en llamarnos Pílates y Orestes. El afecto que yo le profesaba tenia algo de paternal y sobrado quizas de indulgente. Porque, es preciso confesarlo, Rosendo era..... era como son tantos jóvenes en el dia, un trasunto cuyo original brilla en cada salon de moda, un tipo cuyas copias se encuentran á cada esquina. Reprehendíale yo amistosamente, y solia contestarme con burlas y donaires tratándome de misántropo, de incivilizado, de hombre de *l'ancien regime* como él decia. Mis amonestaciones no podian ser muy eficaces luchando contra los ardores de la juventud, el aguijon de las pasiones y la multiplicada fuerza de los malos ejemplos. Tuvo unos

amores, volcánicos al principio, con una señorita de pueblo que se hallaba accidentalmente en Barcelona, y como este matrimonio no conviniese á sus miras, se fué á Montpellier á completar sus estudios, no diré de fijo si para olvidarla ó por haberla olvidado ya completamente. Pero, deja, se me ocurre otra cosa mejor, (añadió registrando un cajon de la mesa y entregándome un paquete de cartas que de él habia sacado). Puedes hojearlas con tal que me las devuelvas ántes de tu partida.—

Así lo hice en efecto, y ademas me tomé la libertad de copiar una muy larga, que traslado íntegra para conocimiento de mis lectores.

Gerona 5 de diciembre de 1848.

Sr. D. N. N.

Antes de trazar el sencillo relato de unos sucesos que me tienen profundamente afectado, he querido que transcurriera un buen número de dias para que me fuese posible hacerlo con algun órden y concierto. He aguardado á que el tiempo dejase penetrar un rayo de luz en el oscuro caos de mis ideas, y moderase algun tanto la estremada agitacion de mis sentimientos. Sin esta demora ni á mí mismo hubiera podido darme exacta y minuciosa cuenta del lúgubre drama en que he sido protagonista. Grandes han sido, amigo mio, las sacudidas que ha experimentado mi corazon, que afortunadamente ya no volverá á su primitivo sosiego. Sorpréndente esas palabras; pero de fijo tu sorpresa no será tan dolorosa como la mia.

Oh! cuanto dista el Rosendo que hoy te escribe, del Rosendo que tan á menudo te confiaba sus pesares y sus alegrías, sus planes mas sérios y sus mas frívolos pensamientos! Mis frecuentes cartas eran para tí como un espejo en que pudiste ver retratada mi alma, y no he de apartarlo ahora de tu vista porque haya cambiado su fisonomía. Ya no soy el jóven aturdido, que prevaleciéndose de los privilegios de una antigua amistad, se arrogaba el derecho de

resistir á tus sanos consejos, y de pagarlos con chistes insulsos y miserables sofismas: ya no soy el que haciendo alarde de volteriana ligereza pretendia destruir altísimas verdades con epigramas y chanzonetas. Reconozco ahora el valor de las máximas que tachaba entónces de preocupaciones monacales, de vulgaridades de la edad media. Llamábate entónces enemigo de la civilizacion y del progreso, filósofo hipocondriaco, Heráclito redivivo, viejo prematuro, como si la sávia de la juventud tuviera que ser precisamente un jugo corrompido. Oh! gracias, mi fiel Mentor, que paciente y cariñoso has seguido cubriéndome con la égida de tu amistad aun en medio de mis extravíos. Lo que no pudieron los severos raciocinios de tu lógica intransigente, lo han podido las fuertes emociones producidas por hechos que para mí tienen mucho de providencial y maravilloso, aunque no salgan de la esfera de los acontecimientos humanos. Golpes como el que he recibido han hecho á veces encanecer de improviso; pero si á mí me han dejado negros los cabellos, en cambio han secado hasta la raíz todas las flores de mis juveniles devaneos.

Recuerdas sin duda que en mis anteriores te hablé varias veces de la bailarina francesa, cuyos primores artísticos levantan hasta las nubes los gerundenses, y sobrado me conoces para que tu mirada se estrellase en el mal tegido velo con que pretendia ocultar mis ulteriores desig-nios. Bien debiste de congeturar que por mi parte no se reducía todo á mero entusiasmo coreográfico, y que no me daría por satisfecho con admirar simplemente los vuelos de la sílfide. Intentaba ser la llama donde abrasara sus alas aquella mariposa. So color de perfeccionarme en el uso práctico del idioma de que me serví durante mis dos años de estudio en Montpellier, trabé conocimiento con ella, y á pesar de la gravedad que debiera inspirarme mi profesión, me declaré por uno de sus partidarios mas ardientes y exagerados. Hacia poco caso de las murmuraciones para que estas se interpusieran como obstáculo á mi camino. La vanidad es casi siempre el lado flaco de esta clase de mugeres, y para enloquecer á mi ninfa, como ardid de guerra

le proporcioné estrepitosos aplausos, escribí algunos versos mas que tontos, puse en el periódico un par de artículos furiosamente encomiásticos, y traté de arrojarle una espléndida corona la noche de su beneficio.

Debía este verificarse el segundo juéves de noviembre. La mañana del miércoles fuí á la tienda de la florista, quien me enseñó un trabajo esquisito y completamente á mi gusto. Entrelazábase con mirto y rosas un laurel, futuro símbolo para mí de otra clase de triunfos. Acababa de satisfacer á la jóven el importe de su poética industria, cuando entró un campesino que le pidió si estaba listo su encargo, y ella le entregó una sencilla guirnalda de pálidas azucenas, destinada evidentemente á ceñir las frias sienes de alguna malograda doncella. ¿A qué contraste de ideas no se prestaba la analogía de las formas? La vida y la muerte, la liviandad y la pureza, los goces de la tierra y las esperanzas del cielo. Alambicando un poco el discurso pudiera decirse que allí una mano misma coronaba la virtud y el vicio.

—Sabe V. dijo á la florista el campesino, que me pareció ser uno de aquellos que trafican transportando géneros de un pueblo á otro, ¿sabe V. que me encuentro embarazado en la eleccion? Porque no quisiera que á mí se me achacase el desacierto. La órden que tengo es el Dr. Fluxench ú otro cualquiera. Pero el Dr. Fluxench no está en su casa, ha salido de la ciudad y tal vez no regrese hasta entrada la noche. Entretanto la pobre jóven.....

—Pues mire V. que la ocasion le viene como rodada. Si se necesita un médico, aquí tiene V. á ese caballero, que aunque recién establecido en Gerona ha logrado bastante reputacion de hábil y entendido, respondió la florista señalándome con el dedo.

—Si fuese tan bueno que quisiera hacer este favor no dude que seria recompensado su trabajo.

—Y ¿de qué se trata? pregunté yo mas curioso que movido por el interes moral ó por el interes de la propina.

—De ir en seguida hasta Malpás. ¿Conoce V. á ese pueblecillo? preguntóme el campesino.

—Nunca he visitado esa comarca. Sé que es un lugarejo

de mala muerte, metido entre los bosques como las carras-cas, y solitario como una ermita.

—De aquí dista poco mas de seis leguas. Le daré las señas del camino de modo que no pueda V. perderse, si se resuelve á montar á caballo y partir inmediatamente, porque yo tengo otros negocios á que dar vado y no puedo volverme hasta la tarde.

—Es que la de mañana me es preciso, sumamente preciso estar aquí.

—Ya comprendo que no puede V. descuidar á sus enfermos.....

—Tambien los sanos interesan á los médicos, añadió sonriéndose la florista.

—Bien podria V. volver de allá mañana por la mañana, continuó el campesino. Ya ve V. Una jóven que apenas habrá cumplido veinte años, un padre que ve morir á su única hija, que va á quedarse en soledad completa! Esto es para desgarrar el corazon mas empedernido.

—Tantos de estos casos estamos viendo! dije yo con una indiferencia glacial, que contrastaba notablemente con la sensibilidad pintada en el tosco semblante del campesino. Y vamos á ver, añadí: ¿Quién es el que necesita de mis auxilios?

—El alcalde pedáneo de Malpás. Anoche deje á su hija gravemente enferma, tan gravemente enferma que se habia dado orden de administrarle los sacramentos, y he venido en busca de esta corona y de otras cosas para vestir su cadáver. Pero mientras haya vida hay esperanza, y como por otra parte los médicos de aquellas cercanías.....

—Llámeles V. por su nombre. Pero, ¿qué decian de la enfermedad?

—Decian que era pasion de ánimo. La pobrecilla hace tiempo que andaba triste, muy triste.

—Y ¿es linda? pregunté cediendo á la frivolidad de mi carácter, y como si esta circunstancia debiese entrar por algo en la formacion del diagnóstico futuro.

—¿Pues no ha de serlo? Es linda como un ángel, y aun mas virtuosa que linda.

—Bien, bien. Voy allá, dije, y encargué á la florista que mandase la corona á mi posada.

Monté á caballo, y andadas unas cuatro leguas hácia el Norte dejé el camino real á mano derecha y empecé á trepar un sendero bastante escabroso, atravesando una ladera que de selva baja se iba transformando en bosque sombrío. A ser ménos positivista quizás me hubiera hecho alguna impresion aquel agreste paisaje, del cual podia figurarme entónces que era dueño absoluto. No se presentaba á la vista ningun viagero que viniese á disputarme su dominio, ni me acompañaba ninguno que pudiese aspirar á compartirlo. Pero en nada de esto pensaba, y francamente no sé en que podia traer ocupados mis pensamientos, á no ser que fuese en el buen gusto que habia mostrado la florista con sus graciosas combinaciones. Mi corazon estaba suavemente dormido, á guisa de un niño en su cuna, como si le meciera el acompasado movimiento de mi caballo.

De repente suena en mis oidos la voz de «alto!» y sin ver al que la pronunciaba distingo un brazo que saliendo por detras del tronco de un árbol tenia asidas las riendas de mi cabalgadura. Clavar en esta las espuelas por ver de salvarme lanzándome á todo escape hubiera sido posible en ménos áspero terreno, y aun entónces lo hubiera hecho á no haber notado que del tronco de otro árbol inmediato salia apuntándome el cañon de una carabina. Buena la hicimos, dije para mis adentros, y al mismo tiempo tropezó mi vista con una docena de hombres armados, que se habian aparecido instantáneamente como fantasmas evocadas por un conjuro. Acercóseme uno de ellos, y con mas cortesía de la que cuadraba á tan bruscos preliminares me dijo:

—Caballero, siento la molestia que vamos á causarle; pero estas son exigencias de nuestra situacion interina. Tenga V. la bondad de apearse, y cuente por seguro que no se le hará á V. el menor daño. Le doy á V. mi palabra de honor. Lo que de V. se quiere es únicamente el caballo.

—*Matinés*, dije para mí, mal y no tanto, y continué: Pero señores, ya ven ustedes que lo necesito: soy médico y

voy á toda prisa á Malpás llamado por una enferma de gravedad y cuidado.

—Y un jóven tan robusto como V. no se avergüenza de necesitar caballería para esa bagatela de camino? V. como médico debe de saber que un buen paseo es ejercicio saludable.—

Aunque tal razon no me convenciese era lo mejor mostrarme perfectamente convencido. Bajé del caballo, y cuando ya en mi interior me despedía de él para siempre, el que acababa de hablarme, sacando del bolsillo un librito de memorias y un lapicero, me preguntó:

—La gracia de V?

—Rosendo Viñals.

—Médico de profesion?

—Si señor.

—Residencia?

—Gerona.

Escribió, y volviéndose á uno de los armados que me rodeaban le dijo: ¿cuánto te parece que vale ese caballo?

—Con ochenta duros tengo para mí que estaria bien pagado, respondió aquel.

—Pondremos ciento, replicó el primero, con voz tan baja como si yo solo debiese oirlo.

Apuntó unos guarismos, cerró el librito y me dijo: Confío en que si pierde V. caballo al fin de la jornada no habrá perdido V. su precio, y puesto que le importa, ruegue á Dios que salgamos con bien de nuestra empresa.

Parecióme que el silencio era la respuesta mas prudente. Tan necio como alegar derechos hubiera sido armar polémicas estando bajo el imperio de la fuerza.

—Puede V. proseguir en paz su camino, continuó mi interlocutor.

Pero ántes que acabara de decírmelo, á caballo y en una silla forrada de pieles de carnero, con sus correspondientes pistoleras en los arzones, apareció un robusto moceton que desde luego comprendí seria el gefe de la partida.

Talla de granadero, musculatura de atleta, facciones curtidas por el sol, que revelaban cierta dureza de carácter

y no ménos tenacidad y energia. Chispeaban sus negros ojos en un rostro poblado de negra y espesa barba. Con algo mas de aliño hubiera sido una arrogante figura. Calzaba unas alpargatas de cáñamo á que estaban adheridas las espuelas, y las estremidades de su pantalon de paño azul, iban metidas en unas polainas de cuero, llevaba una chaqueta de pelo negro con botones de plata, una gorra de paisano, y pendiente de un cinturon blanco un largo sable de caballería. Acercóseme, y como debió de bastarle una mirada para ponerse al corriente de lo sucedido, alargándome la mano sin apearse, me dijo:

—Caballero, estos percances son inevitables en los azarosos tiempos que corremos. V. se hará cargo del poder de las circunstancias para juzgarnos con ménos severidad y dureza. V. comprenderá que no podemos movernos libremente dentro del círculo de una legalidad estricta. Luchamos con un enemigo que cuenta con todos los recursos de un gobierno constituido, y por lo mismo no puedo, no debo mandar que le devuelvan á V. su caballo; pero en cuanto esté en mis facultades disponga V. de Claudio Montlleó.—

La cortesía me obligaba á responderle, como lo hice diciéndole: Y en cuanto pueda yo serle útil mande V. á Rosendo Viñals.

—¡Rosendo Viñals!..... repitió inmutándose de una manera visible, y con una entonacion que no sé si requiere interrogante ó admirativo. Sargento! añadió con voz de trueno dirigiéndose al que habia tomado los apuntes, este hombre queda prisionero. Registradle, y si lleva armas.....

—El estuche de cirugía, respondí como chanceándome.

—Pues quitadle el estuche, y atadle pié con brazo de modo que pueda andar, mas no correr. Y V., continuó volviéndose á mí, no sueñe en escaparse, porque al primer movimiento sospechoso se le pondrá en estado de no poder renovar tan peligrosa tentativa. Una onza de plomo vuela mas que un águila.

—Pero Sr. D. Claudio, V. sin duda padece alguna equivocacion.

Me equivoco, eh? Ira de Dios! Rosendo Viñals, que

cursaba medicina en Barcelona, y que despues se marchó á Francia á estudiar..... ó..... qué se yo á qué?

—Nada mas que á perfeccionar mis estudios, que yo nunca me he metido en política. Mis opiniones, sean cuales fueren, son pacíficas é inofensivas.

—¿Y quién le habla á V. de política? ¿Quién le pregunta á V. sus opiniones?

—Es que tampoco soy rico.

—Voto á Satanás! ¿Me toma V. por un salteador de caminos?

—Pues yo no puedo consentir en esa tropelía. Que me conduzcan ante el general.

—Aquí no hay mas general, ni mas rey que yo.

—Tengo la conciencia limpia, y.....

—Limpia! eh? Cállese V. ¿Si supiera V. las fuertes sugerencias con que me está tentando el diablo.....? Nada, silencio, y adelante.—

Tomó la delantera, y creo que no habló mas palabra en toda la tarde. Siempre que pude observarle dábame en qué pensar el verle tan cabizbajo y sombrío.

El sargento, que marchaba á mi lado, me dijo:

—Alguna mala partida ha jugado V. á D. Claudio.

—Si en mi vida habia oido su nombre siquiera, ni he tenido la menor relacion con él ni con los suyos.

—Pues entónces no comprendo.....

—Ni yo tampoco.

—Es el hombre de la mejor pasta del mundo; pero quien se la hace se la paga.

—Con tal que no paguen justos por pecadores.

A pesar de la estrañeza de esta aventura, y de sus poco agradables consecuencias, mas que zozobra sentia como una cierta curiosidad de llegar al desenlace.

TOMÁS AGUILÓ.

(Se concluirá.)

LA CARIDAD EN EL POBRE.

Imitacion.

**I.**

Caminito de la aldea,
Y rendido de cansancio,
Un pobre viejo camina,
Haraposo y acuitado.

¡Qué calor! el sol ahoga:
A la fatiga el anciano
Resistir ya más no puede,
Y aún el camino es largo.

Mas, ¡oh dicha!, de dos potros
El trotar oye cercano;
Soberbia carroza arrastran
Briosos y enjaezados.

Un varon de rico porte,
Muellemente en ella echado,
Polvo y calor desafía,
Orgullosos y sin cuidados.

—Señor, señor!, dice el viejo,
Ved la angustia en que me hallo;
Dejad que suba un instante,
Que no puedo dar un paso.

—¿Qué me decís? ¿Estais loco?
Atrevido es el villano!

¿Creeis que para mendigos
Puse carroza y caballos?

Partí solo, por mi gusto:
Seguid el camino andando:
Harto los pobres me cuestan
Con el pan que les reparto.

Por compañeros empero
De mis paseos tomarlos!.....
Llevarles en mi carroza!.....
Es locura imaginarlo.

—De tus deberes te burlas,
Dice el viejo, ¡desdichado
De tí, si no te arrepientes!
Tu última hora está dando.

II.

El viento cálido arrecia,
Tormentoso y desatado;
Denso polvo arremolina;
Los truenos se oyen lejanos.

A paso lento su ruta
Sigue el viejo acongojado,
Mas, oh suerte, por la via
Se acerca modesto carro.

Un colono lo conduce,
Cansada mula aguijando;
—Ay colono, el buen colono,
Asi Dios os dé descanso!

Compadeceos de un viejo
Que en andar se esfuerza en vano;

Emprendí esta larga ruta,
No me tengo de cansado.

Hasta la aldea vecina
Llevadme con vos, hermano,
Mirad que estoy sin aliento,
No me dejéis sin amparo.

—Siéntolo á fe mia, el viejo,
No es posible contentaros;
De la feria vengo ahora
Y llego, cual veis, cargado.

La pobre mula que tira
Da ya los últimos pasos,
Y gracias si á tropezones
Llegar á casa alcanzamos.

Ya veis que si vuestro peso
A tanta carga aumentásemos,
Se atascaría la bestia
Y quedara en el atasco.

Así, perdonad, buen viejo;
Como podáis remediaos:
Mi voluntad es serviros,
Ya veis que no está en mi mano.

—Amigo, el viejo contesta,
De tu razon me hago cargo;
Tu pecho no es insensible,
Al amor no está cerrado.

Mas, caridad es esfuerzo,
Y es el deber del cristiano.
La tempestad que se acerca
Vendrá á desolar tus campos.

III.

Fatigoso, á duras penas,
Con lentitud, paso á paso,
Camina flaco un jumento
Una carreta arrastrando.

Un jóven modesto y pobre,
Con tristeza y cabizbajo,
Acompaña silencioso
El cortejo mudo y tardo.

El buen viejo, al distinguirlo,
A él se acerca suspirando,
Y asiento por Dios le pide
En el vehículo ingrato.

El mancebo le responde:
—¡Cuánto os compadezco, anciano!
Ir á pié por esas vías
A vuestra edad, es pesado.

Deber mio es socorreros;
Dios me lo manda, veamos;
Apéate, Margarita;
Descansar podrás á ratos.

Esta, buen viejo, es mi esposa.
Pobrecita! desde antaño,
Por mi mal, la tengo enferma:
Vida muy triste llevamos.

Si es un castigo del cielo,
Merecido sea acaso;
Rectos son de Dios los juicios,
Y es impiedad no acatarlos.

Mi esposa auxilios requiere,
Y al hospicio hoy la acompaño;
Pobres somos, sí, muy pobres,
Mas, como veis, resignados.

Bien alcanzais que este día
No es muy feliz, que digamos;
Mas, siendo Dios bondadoso,
Enjugará nuestro llanto.

Para el jumento más peso
Fuera en verdad muy sobrado;
Subid, vos, á la carreta,
Mientras nosotros andamos.

Mi esposa, la pobrecilla,
Apoyo hallará en mi brazo;
Y nos dará fortaleza
El placer del bien que hagamos.

—Pareja virtuosa y humilde!
Exclama el pobre anciano,
Vuestra bondad os sustenta,
Vuestro amor os hace santos.

Os va de los corazones
La caridad rebosando,
Benditos seais, hijos míos!,
Volved á vuestro regazo.

De hoy la salud os devuelvo,
Yo velaré por entrambos;
Mi morada está en el cielo,
No me olvidéis, hijos caros.—

Desparece en esto el viejo
De inmenso fulgor cercado,
Y absortos ambos esposos
Caen en tierra postrados.

Con fe santa y pura adoran
Al Dios que opera el milagro;
Y retornan á su albergue
De inmensa gracia inundados.

GERÓNIMO ROSSELLÓ.

MISCELÁNEA.

Felicitemos al Excmo. Sr. D. Victor Balaguer por el discurso que leyó en la Real Academia de la Historia en el solemne acto de su recepcion como académico. España toda ha podido enterarse con este discurso, del gran movimiento literario de Cataluña, Valencia y Mallorca. El Sr. Balaguer, maestro *en la Gaya Ciencia*, ha salido por el honor de la literatura moderna catalana, manifestando sus verdaderas tendencias, su espíritu, su historia y sus resultados. Las ideas que pregona el Sr. Balaguer son las que siempre ha defendido y pregonado EL MUSEO, y, ántes que él, *La Revista Balear*, y la *Dulzaina*.

Estas ideas son principalmente: la unidad de la lengua catalana, la importancia de su cultivo y renacimiento, y el leal españolismo de los modernos trovadores.

En los siguientes números publicaremos el discurso, tal como apareció en la *Gaceta de Madrid*, del 13, 14, y 15 de los corrientes.

* *
*

«Léjos de extinguirse la *phylloxera* con los tan ponderados remedios de laboratorio, parece que su inutilidad la patentizan los malos resultados de los ensayos hechos, muriendo las cepas, más por los efectos del medicamento que por el de la enfermedad. Esta plaga va invadiendo nuevos departamentos vinícolas y los alemanes, desconfiando ya de su saber, han nombrado una comision de naturalistas para ir á estudiar á los Estados-Unidos tan perniciosa plaga.....»

«Multitud de esperimentos hechos en Francia, han venido á probar la inestimable virtud que el *Eucaliptus glóbulus* tiene de sanear las viñas, haciendo que desaparezcan

los insectos que las aniquilan y de los cuales están plagadas varias comarcas de España.

En vista de este satisfactorio resultado, parece que varios labradores han hecho plantaciones del *Eucalyptus globulus* en los viñedos, con lo cual han visto desaparecer inmediatamente la *phylloxera*.»

(Ilustracion popular.)

* * *

LIBROS NUEVOS.—Curso completo de HISTORIA UNIVERSAL por D. José María Sánchez Fernández, catedrático de la Universidad de Santiago.—Tomo primero.—HISTORIA DE LOS PUEBLOS DEL ORIENTE.—Barcelona.—Está escrita con excelente criterio católico.

AL PIÉ DE LA CRUZ, ó LOS DOLORES DE MARÍA, por el Padre Guillermo Fáber.—Traducción de D. Gabino Tejado.—Un abultado tomo.—Madrid.

LECCIONES ELEMENTALES DE HISTORIA UNIVERSAL, por D. Joaquin Rubió.—Un tomo.—Barcelona.—Es compendio del apreciado *Epítome-Programa*.

LA SOBERANÍA SOCIAL DE JESUCRISTO, por el P. Ramière.—Un tomo.—Barcelona.—Traducido por el Dr. Morgádes y Gili.—Mañé y Flaquer ha publicado en *El Tiempo* un artículo en alabanza de esta obra.

LA LUZ DEL MENESTRAL.—Dos tomos.—Barcelona.—Es una colección de biografías de personas que se santificaron en estados humildes, escrita por el P. Butiñá, para enseñanza religiosa del pueblo.

EL SANTÍSIMO SACRAMENTO ó LAS OBRAS Y LAS VIAS DE DIOS, por el Reverendo Padre Fáber, traducido del inglés por Gabino Tejado.—Un tomo.—Madrid.

EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ.—Segunda Serie de Episodios nacionales.—Tomo I, por D. Benito Pérez Galdós.

CARTAS PROVINCIALES Á D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, por D. J. Mañé y Flaquer.—Un hermoso folleto de abundante lectura.—Barcelona.